

XXXII Domingo del tiempo ordinario – ¡Encendidos!

Nuevamente la comparación del Reino de los cielos incluye una boda. Esta vez desde la participación de las damas de honor que deben esperar al novio, a Cristo, y acompañarlo hasta el banquete, donde todos juntos celebrarán la unión de los esposos, a partir de la cual ya no serán dos sino uno solo; tal como en el Reino de los Cielos todos seremos uno en Cristo.

En el pasaje hay dos grupos de personas. Las que están atentas a lo que realmente es importante en la recepción del novio, y las que al parecer solo vinieron a la fiesta. Las que están vigilantes y las que solo viven el presente. Las que mantienen viva la vocación de infinito a la que los hombres y mujeres estamos llamados y las que dejan ahogar esa vocación en la vulgaridad de una vida superficial y satisfecha.

Me llamó la atención que el evangelista no tiene para con las que obran mal, un discurso moralista en el que hable de pecado. Es mucho más simple y por ello más profundo, habla de necesidad e insensatez. Porque en el fondo, no responder a aquello a lo que por naturaleza estamos llamados, es de necios.

El reino de los Cielos es el gran regalo que nos ha hecho Dios. Es su propia auto donación a nosotros, sus hijos. La lámpara encendida podría ser símbolo de ese maravilloso regalo que nos ha dado nuestro Padre a cada uno. Regalo que es incondicional de su parte, pero que requiere que nosotros lo aceptemos y lo cuidemos.

La conversión a Jesús, que por gracia del Espíritu Santo encendió su amor, su ardor, en nuestros corazones, no es un acto único, una acción que hago hoy y es para siempre; todo lo contrario, es un proceso, es un hacer en el tiempo, es un ser siendo, en el que el Señor me da y yo acepto y cuido.

La lámpara es la imagen de un corazón ardiendo por llegar al Señor, y hacerlo presente en el hoy.

Una persona con la lámpara encendida es una persona inquieta que nunca está satisfecha ni con ella misma ni con el mundo que la rodea, y por eso mismo, comprometida en la lucha por cambiarlo todo al modo de Jesús. Son creyentes que luchan por un mundo más humano, que nunca será puro desarrollo nuestro, sino regalo de Aquel mismo que nos encendió.

Dejar que se apague mi lámpara interior, no es pecado, es absoluta necesidad e insensatez. Un hombre vacío de espíritu y empobrecido interiormente no puede caminar hacia su verdadero progreso ni orientarse hacia su salvación definitiva.

¿Qué aspecto de mi vida, o más concreto, de mi relación con Jesús, es el “aceite” que debo tener siempre a mano para que no se pague mi lámpara?

Fernando Ianchina

Equipo Nacional Red Mundial de Oración del Papa

Argentina - Uruguay